ALEXANDER WENDT

ACERCA DE LA VÍA INTERMEDIA: UNA RESPUESTA A LOS CRÍTICOS*

¿Puede el estudio de las ideas en la política internacional ser científicamente respetable? La pregunta es clave para el Tercer Debate, a pesar de que las voces dominantes en el mismo parecen estar extrañamente de acuerdo. Los "positivistas" son escépticos porque las ideas parecen efímeras, difíciles de medir, y en general, resistentes a la ciencia dura. Como resultado, las teorías positivistas de la política internacional tienden a favorecer factores aparentemente objetivos y materiales como las capacidades militares y económicas y sólo recurren a las ideas como un último recurso. De esta forma, la epistemología positivista moldea la ontología internacional. En contra de esta tendencia, los "postpositivistas" argumentan que es un error pensar que las ideas pueden o deben ser estudiadas de la misma manera como se estudian los objetos físicos. La ontología debe determinar la epistemología, no al contrario. Sin embargo, en el desarrollo de este trascendental punto muchos postpositivistas han ido más lejos, borrando cualquier conexión entre su trabajo subsecuente y el concepto de ciencia —el modelo explicativo *versus* el modelo comprensivo—.¹ Irónicamente, el resul-

* Este artículo es una traducción autorizada por Cambridge University Press exclusivamente para la Revista *Desafíos*. La traducción al español de este artículo fue realizada por Sandra Borda Guzmán y revisada por Rubén Sánchez David, de la versión original en inglés publicada en *Review of International Studies* (en adelante RIS) (2000), No. 26, pp. 165-180. Cambridge University Press Copyright 2000, British International Studies Association.

¹ En el libro objeto de discusión y debate en los artículos publicados aquí, Alexander Wendt plantea el debate como en inglés: *Explanation vs. Understanding*. (Nota de la traductora).

tado ha sido hacerle eco al sentimiento positivista de que el estudio de las ideas no es científicamente respetable.

La "vía intermedia" busca un camino entre estas posiciones y plantea que si bien el aspecto ideacional de la vida social humana tiene implicaciones importantes para la política internacional, éstas no traen como consecuencia un rechazo al concepto de "ciencia". Por supuesto, el que el estudio de las ideas sea realizado en términos científicamente respetables depende de que las ideas sean estudiadas científicamente, por ejemplo, construyendo una teoría sobre el mundo empírico en forma sustantiva y rigurosa. Esta tarea que presenta dificultades evidentes requiere que se remuevan barreras filosóficas innecesarias. Mi objetivo en *Social Theory*² fue desbrozar algo este terreno y mostrar que esta labor es importante para pensar en la política internacional. Después de leer las generosas y a la vez desafiantes críticas que se me han hecho, veo que todavía queda un largo camino por recorrer. Por lo tanto, estoy agradecido con quienes contribuyeron a este foro y a los editores de RIS que lo hicieron posible para avanzar en este proceso de esclarecimiento.

Dado que algunas críticas se repiten parcialmente en las reseñas que hacen parte de este volumen, parece más útil organizar la discusión por temas que por orden de autores. De los cinco seleccionados, el ensayo de Hayward Alker es por su diseño, menos una crítica que una agrupación de excelentes sugerencias para profundizar en el trabajo; por lo tanto, y en razón de las limitaciones de espacio, me referiré menos extensamente a este ensayo. Analizo aquí en conjunto diez temas, y como en el libro, diferencio los temas de teoría social de los de política internacional. Muchas de las preguntas formuladas por los autores merecen una consideración más profunda de la que es posible en este corto ensayo. En consecuencia, mi objetivo se limita a promover el despegue del debate, y no busca refutar punto por punto las objeciones de los participantes en este foro.

Problemas de teoría social

Me refiero aquí a tres asuntos, cada uno de ontología y de epistemología.

² Se refiere al libro que está siendo reseñado en el foro convocado por RIS y que en este número especial se traduce parcialmente: Alexander Wendt, *Social Theory of International Politics*. Cambridge University Press, Cambridge, UK, 1998. *Nota de la traductora*.

Confusión y contradicción

Quizás el problema ontológico más preocupante sugerido por estas reseñas y en el que hace hincapié Steve Smith, es que mi descripción de la relación entre las condiciones materiales y las ideas es confusa, inconsistente y contradictoria. Estoy de acuerdo en que mi tratamiento es incompleto, pero no en que sea confuso; no creo que la posición que trato de defender sea en todos los sentidos contraintuitiva. Algunos pueden criticarla como "cartesiana" porque sostiene que las ideas y las condiciones materiales son cosas distintas y separables ("mente y cuerpo"), pero aun así, esto no debe ser tomado como una forma de implicar una "dicotomía" en la cual debemos escoger una de las dos opciones. Después de todo, la conciencia (el lugar por excelencia de las ideas) es parte de la naturaleza y por tanto sobreviene al mundo material descrito por las leyes de la física; por ello encuentro enteramente coherente la visión no-cartesiana o postcartesiana de John Searle de la relación entre cuerpo y alma tal como es citada por Alker. Consecuentemente, cualquier cosa que el "idealismo" signifique debe ser consistente con la física del universo, sugiriendo la futilidad de la aproximación "dicotómica". De otro lado, es poco probable que eventualmente seamos capaces de reducir la psicología (la mente)

a la ciencia del cerebro (cuerpo), o que por la misma vía reduzcamos la ciencia del cerebro a la física, lo que sugiere que también existen fenómenos emergentes en diferentes ámbitos de la naturaleza que requieren distintas teorías y lenguajes. En esa medida las ideas no pueden ser reducidas a las condiciones materiales y, en contraste con la representación habitual de la relación entre base y superestructura como una "pirámide", veo más el problema como una pirámide "invertida". Más que una restricción fuerte, la relación entre superestructura y base remite usualmente a una gran variedad de formas culturales compatibles con un escenario dado de condiciones materiales. ¿Cuántas? Ésta es una pregunta empírica que no puede ser contestada en abstracto. Pero mi presunción orientadora es que en la mayoría de los casos la relación es tan holgada o difusa que comenzar con la cultura es una estrategia fructífera.

Habiendo aclarado este punto, el argumento del "materialismo residual" plantea que las condiciones materiales tienen al menos dos efectos constitutivos de las mismas, independientes de las ideas, que los entusiastas de la importancia de la cultura no deberían ignorar. El primero lleva a definir los límites físicos de posibilidad, aun si la ingenuidad humana permite que estos

límites sean susceptibles de cambio a lo largo del tiempo. Esto tiene aspectos restrictivos y proactivos: debido al estado de su tecnología los romanos no pudieron manejar Estados recalcitrantes bombardeándolos de una forma segura y a distancia; Estados Unidos a veces puede. Esta circunstancia no depende de las ideas, pero aun así, esta posibilidad no determina en sí misma que los Estados Unidos actúen de esta forma. El segundo efecto constitutivo es el ayudar a definir los costos y beneficios de cursos alternativos de acción. El efecto no es exclusivo debido a que las ideas también afectan la evaluación de los costos y los beneficios, como lo hacen las condiciones materiales. La invasión alemana a Polonia en 1939 tuvo su origen en gran parte en las ideas, pero la ventaja material de los alemanes fue un factor importante en el desencadenamiento de los hechos: en efecto, dadas sus intenciones agresivas, fue más fácil y por tanto más probable que invadieran. Sin embargo, cuando se reconocen los efectos independientemente de las condiciones materiales, es importante no perder de vista las condiciones discursivas que les otorgan *significado*. Alemania hoy, probablemente goza de una preponderancia sobre Polonia comparable a la que gozaba en 1939, pero en la actualidad la posibilidad de una invasión es remota, en parte por el cambio

que se ha producido en las ideas. Algunas veces las ideas predominan sobre las condiciones materiales generales. A pesar de las circunstancias materiales, la caballería polaca atacó a los tanques alemanes. Pero inclusive en este caso extremo de determinación por parte de las ideas, hubo costos materiales: la caballería polaca fue destruida. De nuevo, no se trata de usar las ideas como eje del análisis a lo largo de todo el camino y hasta las últimas consecuencias. Tratar a las ideas y a las condiciones materiales separadamente pero como fenómenos inevitablemente relacionados es una forma de desenredar y entender sus efectos respectivos. Este argumento también muestra cómo las condiciones materiales pueden ser tanto variables independientes como variables dependientes. Depende de qué tipo de pregunta formulemos. Si estamos interesados en cómo las condiciones materiales constituyen las posibilidades o los costos y beneficios, entonces asumen el lugar de variable independiente; si estamos interesados en cómo los actores le otorgan un significado a esas condiciones, se convierten en variables dependientes. Ambos tipos de preguntas son importantes.

Molinos de viento y caricaturas

Tal vez sobreestimé el poder del materialismo crudo en relaciones internacionales. Ciertamente

hoy en día hay relativamente pocos estudiosos partidarios del determinismo biológico, geográfico o tecnológico en nuestra disciplina³, y probablemente menos neorrealistas radicales en términos de este tipo de determinismo. Tampoco, en ningún caso, hay evidencia de que Waltz mismo haya buscado penetrar en el "materialismo"; el término difícilmente aparece en su trabajo. ¿He estado desarrollando una fijación con algo que no es un problema? Sin embargo, independientemente de si trata o no de desarrollar una visión materialista del mundo, la definición de Waltz de "estructura" como resultado de la distribución de capacidades materiales ha influido enormemente en la disciplina. Preguntan a la mayoría de los académicos contemporáneos de las relaciones internacionales cómo conceptualizarían la estructura del sistema internacional, y les contestarán casi automáticamente: como "distribución de capacidades". Esta premisa se ha vuelto parte del sentido común en el campo de las relaciones internacionales. Estando de acuerdo con que las capacidades materiales son importantes, mi objetivo básico en el libro fue

repensar este concepto crucial de estructura más en términos culturales, en la creencia de que enfocarse solamente en el poder lleva a una visión de la política internacional innecesariamente pesimista. Mostré que subrayar el aspecto cultural de la estructura sugiere nuevas posibilidades para el análisis del cambio en el sistema internacional, e incidentalmente, formas para explotar fuentes teóricas importantes de la sociología y sus disciplinas aliadas en las que la estructura se entiende más en términos sociales. Al considerar este objetivo, el llamar la atención sobre el "materialismo" de Waltz (y de las relaciones internacionales) parece tener sentido.

De cualquier manera, independientemente de cuál sea la interpretación apropiada del neorrealismo, Keohane acierta al señalar que se caricaturiza cuando se dice que el realismo clásico de Morgenthau, Carr y Wolfers y sus versiones contemporáneas⁴ así como el mal llamado neoliberalismo, son materialistas en el sentido puro y waltziano del término. Ciertamente no lo son. Pero tengan en mente que el materialismo es más parte de un espectro que

³ Muy pocos diría, a pesar de que en la literatura sobre el "balance of power" el campo tiene una posición establecida en cuanto al determinismo tecnológico.

⁴ De alguna manera, incluyéndome a mí misma, en el libro (p. 33) encuentro afinidades particulares con Wolfers.

un punto bien definido. En la tradición marxista, donde estos debates se han desarrollado con considerable sofisticación desde hace 20 años,⁵ son reconocidas diversas formas de materialismo, desde el "fundamentalismo" hasta "la autonomía relativa de la superestructura". Lo que los identifica a todos como marxistas (materialistas históricos) es una aproximación del tipo pirámide para pensar la base y la superestructura, si bien en este marco dicha aproximación presenta diferentes variantes al responder la pregunta: ¿cuáles son las condiciones materiales que determinan o moldean las ideas? Lo mismo sucede con el realismo clásico y con el neoliberalismo. Ambas teorías difieren en forma importante del neorealismo en la importancia que otorgan a las ideas pero, como en la tesis del marxismo estructural de "la autonomía relativa", los realistas clásicos y los neoliberales frecuentemente parecen estar diciendo que al final, después de que todo esté dicho y hecho, aunque quizás después de un considerable retraso, los cambios en la distribución de las capacidades materiales son los primeros determinantes de

la política internacional. La imagen que se mantiene es la de una pirámide. Tal vez al distanciarse él mismo del término "materialismo", Keohane quiere decir que rechaza esta imagen en favor de una más idealista, a favor de una de pirámide invertida. De hecho, sería injusto comparar el neoliberalismo con el marxismo estructural, a pesar de que el mismo Carr hizo hace mucho tiempo una analogía entre su propia versión sofisticada del realismo clásico y el marxismo. Parte de la dificultad interpretativa está en que los realistas clásicos, al igual que los neoliberales, han tendido a negar los temas ontológicos, por lo que su visión de la relación entre las fuerzas materiales y las ideas ha permanecido en la mayoría de los casos tácita y subdesarrollada. Tal vez al tomar conciencia de la existencia real del materialismo y de los paralelos entre marxismo y realismo, estos asuntos puedan aclararse.

La pregunta equivocada

Esta parte se relaciona con el tercer problema, en el que también hace énfasis Keohane, que

⁵ Ver, por ejemplo, Stuart Hall, "Re-thinking the 'Base and Superstructure' Metaphor", en J. Bloomfield (ed.), *Class, Hegemony, and Party* (London: Lawrence and Wishart, 1977), pp. 43-71; Paul Hirst, "Economic Classes and Politics", en A. Hunt (ed.), *Class and Class Structure* (London: Lawrence and Wishart, 1977), pp. 125-154; y G.A. Cohen, *Karl Marx's Theory of History: A Defense* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1978).

consiste en que mi discusión sobre la importancia de lo material e ideacional es el resultado de una pregunta equivocada. No se trata de "¿qué importa más?", sino de cómo la intersección entre los dos asuntos produce los resultados que observamos. Estoy de acuerdo con Keohane en que la segunda cuestión es la realmente importante para los estudiosos de la política internacional. En el ámbito de la investigación concreta, el peso relativo de lo material y lo ideacional será en muy pocos casos el asunto realmente interesante, debido a que su respuesta puede variar en cada caso. Para estar seguros, si los idealistas están en lo correcto entonces puede ser que en lo agregado las ideas expliquen "más de la varianza" que las fuerzas materiales (si esta comparación es posible), pero ésta no es la clase de asunto que uno resuelve agregando los resultados de estudios empíricos. La pregunta sobre el peso relativo es importante esencialmente en el plano ontológico, en el ámbito de los compromisos *a priori* que estructuran el cómo nos aproximamos al mundo empírico. Al reducir la estructura a la distribución de poder, Waltz implícitamente responde a la pregunta (lo material es "más importante"), lo que a su vez justifica una heurística particular positiva ("empezar con las fuerzas materiales y sólo adicionar las ideas si es necesario") y condu-

ce en forma consecuente a ciertos tipos de teoría e investigación empírica. Mi argumento contra esta perspectiva intenta persuadir al lector de que un punto de partida diferente, uno que ponga las ideas en primer plano, puede ser más productivo. Los estudios de caso no permiten demostrar este argumento, a pesar de que son útiles para propósitos retóricos. En la medida en que los compromisos ontológicos estructuran nuestro pensamiento, el tema tiene que ser expuesto en los niveles teórico y filosófico. Una vez se tomen algunas decisiones en ese nivel, el asunto del peso relativo no es tan apremiante. Debido a que tanto idealistas como materialistas indistinta e inevitablemente tienen que considerar ambos factores, lo que se requiere saber es cómo estos factores se articulan en situaciones particulares, no cuál de los dos importa más.

No obstante, en el tema de la articulación la pregunta sobre el peso sigue siendo relevante, aun en los casos concretos. Es frecuente en los análisis materialistas atribuir significados intrínsecos y poderes causales a las fuerzas materiales que en realidad sólo adquieren en virtud de las relaciones sociales contingentes en las que dichas fuerzas se encuentran inmersas. En el caso del neorrealismo, por ejemplo, a propósito del cual arguyo que obtiene ventajas del

tratamiento implícito de la anarquía como una cultura lockeana, diferentes distribuciones de poder están involucradas en implicaciones universales causales que podrían darse en forma diferente en las culturas hobbesiana o kantiana. En esta medida, el neorealismo "fetichiza" la distribución del poder (otra preocupación que caracteriza a la teoría marxista) y construye tácitamente relaciones socio-culturales en su conceptualización de los objetos materiales.⁶ Es merced a esta fusión de lo material con lo ideacional como el "materialismo" potencia sus posibilidades explicativas, y permite naturalizar o reificar los órdenes sociales existentes, modificando las posibilidades de ordenamiento de la agenda. El antídoto contra esta tendencia es centrarse en las formas como las relaciones sociales constituyen las fuerzas materiales con significados particulares, o bien, hacer visible o develar el contenido ideacional de los argumentos aparentemente "materiales". Éste fue el punto del modelo de visibilización del Estado en el capítulo cinco del libro, el cual arguye, entre otras cosas, que el interés individual no es un atributo esencial del Estado. Al mostrar que incluso algo tan aparentemen-

te inherente a la base material del Estado como el interés individual, es en realidad una construcción social contingente, posibilitamos la concepción de culturas anárquicas viables que no dependen de semejante motivación tan limitante. Como se señaló anteriormente, los esfuerzos por desnaturalizar los tipos sociales de esta manera, no deben olvidar que las fuerzas materiales también tienen características intrínsecas; en suma, hay muchas cosas relativas a los Estados que no emanan del sistema internacional. Es al tratar de desfetichizar los tipos sociales cuando la pregunta de "¿cuánto de X es constituido por fuerzas materiales y cuánto por ideas?" cobra vida. La respuesta puede tener implicaciones políticas o en términos de transformación importantes, pero, de nuevo, es improbable que se le dé importancia a la pregunta de si debemos ser materialistas o idealistas en el sentido más amplio y filosófico, y dónde debemos empezar nuestras investigaciones. Éste es un asunto de compromisos *a priori*.

El aspecto metafísico fundamental de este debate se debe a la sugerencia de Keohane de que no tenemos que escoger entre

⁶ Ver Timothy Dart, "Fetishism and the Social Value of Objects", en *The Sociological Review*, 44 (1996), pp. 495-515.

el materialismo y el idealismo; de acuerdo con su planteamiento, si nos enfocamos en cómo las fuerzas materiales y las ideas se articulan en situaciones concretas podemos tener lo mejor de ambos mundos. La realidad será el juez. Es posible, pero dudo que nos podamos deshacer tan fácilmente de la ontología por dos razones. En primer lugar, porque la política internacional sólo puede ser observada con la ayuda de un aparato teórico y conceptual muy sustancial que nos diga qué clase de objetos encontramos en este mundo y cómo se relacionan. Hablando en términos estrictos, es posible tratar este aparato de una forma puramente instrumental, por conveniencia metodológica y sin implicaciones ontológicas. Pero como lo planteó John Ruggie en 1983, en la práctica los métodos y los puntos de partida fácilmente se convierten en ontologías tácitas.⁷ Para ser claros acerca de cómo sucede esto recordemos, por ejemplo, que la teoría de la elección racional descansa en una ontología individualista que puede oscurecer ciertos tipos de relaciones y que este elemento adquiere gran importancia en el momento de tomar una decisión en términos analíticos. La segunda razón tiene que ver con la pregunta sobre la coheren-

cia teórica y el progreso. Como realista científico, cuando pienso en qué consiste la línea radical del "realismo político" —lo que querríamos saber si quisiéramos descifrar si se trata de un programa de investigación progresivo o degenerativo, por ejemplo— pienso que tener una ontología materialista es fundamental. ¿Puede ser una teoría pesimista ideacional de la política internacional —una que prediga muchas guerras y conflictos— una teoría "realista"? No desde mi punto de vista, al menos no en un sentido explicativo como opuesto a uno descriptivo, porque su ontología sería muy diferente a otras formas de "realismo". Permitir que una teoría cambie su ontología y sus principales mecanismos causales en tanto algún resultado prescrito sea predicho no parece una forma fructífera de mantener la coherencia teórica. Atender la necesidad de tomar decisiones ontológicas es la mejor garantía que tenemos contra esta clase de desacierto. Estas opciones no tienen que convertirse en una camisa de fuerza, debido a que al final Keohane está en lo correcto cuando afirma que la pregunta que se debe plantear es: ¿cómo se articulan las fuerzas materiales y las ideas?, y no el dilema *materialismo* versus *idealismo*. Pero algo tiene que

⁷ John Ruggie, "Continuity and Transformation in the World Policy", en *World Politics*, 35 (1983), p. 285.

privilegiarse en el análisis, antes de que iniciemos nuestras investigaciones empíricas, y esa decisión debe basarse en una conciencia ontológica.

En el libro planteo que, en comparación con el diálogo ontológico, el diálogo epistemológico para una disciplina como las relaciones internacionales es considerablemente menos relevante a pesar de lo impositivo que el Tercer Debate sugiere que es. Lo que más importa es *qué* hay, no *cómo* podemos conocerlo, principalmente debido a que claramente conocemos cosas, y el "cómo" de este conocimiento necesariamente variará de acuerdo con las muchas y diferentes clases de preguntas que hacemos en nuestro campo y de acuerdo con las variadas herramientas que tenemos a nuestra disposición para contestarlas. En el marco de ciertos límites muy amplios, debemos contar con una Westfalia epistemológica, adoptando una regla de mutuo reconocimiento hacia las preguntas y métodos preferidos por cada uno y de manera que podamos dar por terminadas las guerras positivistas y progresar en la investigación sobre las relaciones internacionales. Desafortunadamente, para tratar de justificar esta paz es necesario continuar las guerras mediante la formulación de argumentos epistemológicos. Los siguientes tres temas

que se tratan a continuación son abordados en este espíritu.

Razones y causas

Este tema, traído a colación por Smith, podría parecer asunto resuelto inclusive para los estándares del Tercer Debate. Sin embargo, entiendo que mi punto de vista, al afirmar que las razones pueden ser causas, punto que comparto con la teoría de la acción racional, puede llegar a ser un objeto de crítica importante, no sólo por parte de los postmodernos sino también de los teóricos clásicos y los constructivistas que se inspiran en las tesis de Wittgenstein y trabajan bajo las orientaciones de Friedrich Kratochwil y Nicolas Onuf, quienes consideran a las razones más como factores constitutivos que causales. No tengo nada nuevo que decir más allá de lo que sugiero en el libro, pero en vista de que la intervención de Smith puede dar lugar a un debate innecesario, vale la pena que replantee brevemente mi argumento.

Es un error pensar que las razones deben ser *o* causales *o* constitutivas. La creencia de que debemos escoger la una o la otra proviene de la confusión entre actuar "por" una razón (causa) y actuar "con" una razón (constitutiva). Los seres humanos actúan de ambas formas. Siendo

esto así, tratar de decir que sólo la una o la otra son formas apropiadas de hablar acerca de las razones, no servirá a ningún propósito, excepto el de limitar nuestras indagaciones y reducir nuestro conocimiento. Las clases de conocimiento que resultan de estudiar estas dos formas de razonamiento son diferentes, de un lado, revelan cosas acerca de las motivaciones de los actores, y de otro, del contexto cultural que otorga significados particulares a esas motivaciones.⁸ Nuestra disciplina requiere ambas clases de conocimiento. Dado el predominio del racionalismo en las relaciones internacionales, puede ser útil para los constructivistas hacer énfasis en las circunstancias en que las razones no son causas. Pero así como el desarrollo de una aproximación constitutiva a las razones ha sufrido en manos de los imperialistas causales, ahora parece que Smith quisiera devolver el favor. Existen partidarios de la aproximación constitutiva que proclaman que el conocimiento producido por la teoría de la acción racional es ilegítimo porque es causal, que las razones *no* son causas y que,

en consecuencia, dicho conocimiento debe ser ignorado por la teoría de las relaciones internacionales. ¿Es ésta una implicación propia del postpositivismo? Si es así, este hecho es muy problemático. Si bien nuestra disciplina está en su infancia, el deshacernos de una gran parte de lo poco que conocemos, por más limitado que pueda ser, no parece ser una jugada inteligente. En realidad, nuestra disciplina no requiere en forma imperiosa este tipo de decisiones aunque los investigadores, en términos individuales, puedan verse abocados a elegir entre distintos puntos de vista para profundizar en sus trabajos. La crítica apropiada a la aproximación causal, si existe alguna, no se refiere al que las razones no son causas, sino que no son *solamente* causas. Este énfasis en los aspectos constitutivos de la investigación es importante. El reconocerlo permite a los estudiosos de las relaciones internacionales, no a los filósofos, dejar este asunto a un lado para concentrarse en aspectos más importantes de las relaciones internacionales.⁹

⁸ A lo que el libro se refiere en términos de los contenidos "estrecho" y "amplio" de la mente, respectivamente.

⁹ Para aquellos que sin embargo persistirían en esta posición, hay dos contribuciones recientes al debate y ambas son un aporte al lado constitutivo, anti-Davidson del mismo: Joseph Owens, "Psychological Explanation and Causal Deviancy", en *Synthese*, 115 (1998), pp. 143-169 y Daniel Hutto, "A Cause for Concern: Reasons, Causes and Explanations", en *Philosophy and Phenomenological Research*, 59 (1999), pp. 381-401.

El predominio del modelo explicativo sobre el modelo comprensivo

Smith manifiesta su preocupación porque, de acuerdo con su lectura, relega la teoría constitutiva al rango de "anexo" de la teoría causal y privilegia el modelo explicativo sobre el comprensivo. Ésta no fue mi intención. Por el contrario, mi deseo fue el de contar con una base epistemológica para apreciar la teoría constitutiva como un aspecto valioso de la actividad científica. Es cierto que desde mi punto de vista este tipo de trabajo debe ser parte de una agenda científica más amplia y como tal, contribuir con la teorización causal, pero, ¿qué es entonces lo que está mal? ¿Sería mejor que las teorizaciones causal y constitutiva no tuvieran nada que ver la una con la otra, o que la teoría constitutiva luchara fuertemente para no ser considerada como "científica"? Esto no parece tener sentido. Las teorías constitutivas y causales no son rivales sino complementarias, tan necesarias las unas como las otras, y son partes funcionalmente diferenciadas de una ciencia completa. Debido a que las preguntas que inspiran son diferentes, pueden requerir distintos métodos de investigación empírica, pero este requerimiento no se relaciona directamente con la existencia de diferentes epistemologías. Al fin de

cuentas, se espera tanto de las teorías constitutivas como de las teorías causales: que sean lógicas y coherentes, que se fundamenten en evidencias públicamente disponibles, que sean en un sentido amplio falseables, y que puedan ser consideradas ciertas o falsas de acuerdo con su correspondencia al mundo real, aunque la manera como estos criterios se validen reflejen las limitaciones de la pregunta formulada. Es posible que los postpositivistas traten de obviar estos requerimientos básicos de la ciencia, lo que puede llevar a considerar que privilegio el modelo explicativo sobre el comprensivo. Pero rechazar la idea de que la evidencia debe estar públicamente disponible y que el mundo real confirma la veracidad o falsedad de nuestros presupuestos, parece una posición poco sabia y en cualquier caso, pocos postpositivistas han aplicado esta receta a su propia investigación empírica. Si el modelo explicativo y el modelo comprensivo deben enmarcarse en los mismos criterios epistemológicos, y si formular preguntas complementarias, no parece tener sentido decir que uno es "más importante" que el otro, como tampoco lo tiene decir que la gasolina es más importante para conducir un auto que el motor.

De hecho, podemos darle un vuelco al argumento de Smith y desta-

car lo que puede ser un prejuicio tácito de su propuesta, uno que creo es ampliamente compartido por los post-positivistas, cuando dice que él no cree que una aproximación científica (que según él corresponde al modelo explicativo) es la "apropiada" para la investigación de temas sociales. Lejos de ser un anexo de la teoría causal, la teoría constitutiva debe aparentemente *reemplazar* a la teoría causal. Consideremos las implicaciones epistemológicas de este punto de vista: de ser así, la mayoría de las herramientas utilizadas por las teorías clásicas de las relaciones internacionales —incluidos muchos de los métodos cuantitativos y formales— tendrían que ser abandonadas, y con ellas presumiblemente también, las preguntas que parecen requerir esos métodos. Este monismo metodológico no es más que una expresión defensiva, igual a la respuesta que los chauvinistas causales les han dado a los postpositivistas. Y como ella, sin base alguna. Las ciencias sociales deben guiarse por las preguntas y no por los métodos. Si queremos saber si existe o no lo que llaman paz democrática, o cuál es el tamaño apropiado de la muestra estadística que debemos usar, los métodos cuantitativos pa-

recen herramientas útiles, no las únicas quizás, pero importantes. Si el correctivo del postpositivismo a los excesos del positivismo significa que tenemos que rechazar estas herramientas como "inapropiadas" sobre la base de argumentos puramente epistemológicos, entonces me pregunto si la cura no es peor que la enfermedad. Más que enmarcar el asunto en términos de juego de suma cero preguntando si el modelo explicativo o el modelo comprensivo son más importantes o más apropiados el uno que el otro, debemos tratarlos pragmáticamente y formular diferentes tipos de preguntas,¹⁹ reconociendo que sus respuestas también pueden exigir diferentes requerimientos metodológicos. El pluralismo metodológico es la única posibilidad válida para lograr un entendimiento entre el positivismo y el postpositivismo.

Acerca de gatos y Estados

Habiendo sido su alumno durante mis estudios de doctorado, no me sorprende que Roxanne Doty crea que sus gatos existen, y estoy seguro de que después de conocerlos muchos postpositivistas de las relaciones internacionales estarán de acuer-

¹⁹ He explorado las diferencias y relaciones entre las preguntas causales y constitutivas más profundamente en 'On Constitution and Causation in International Relations', en *Review of International Studies*, 24:5, Special Issue (1998), pp. 101-117.

do con ella. Hasta donde mi conocimiento me lo indica, ni siquiera el más extremista de los postmodernos ha negado explícitamente que los objetos propios de la experiencia cotidiana existen.¹¹ Dado este acuerdo sobre al menos un "realismo del sentido común",¹² es útil saber cómo logra Doty saber que sus gatos existen. Sólo puedo especular, pero adivino que ella los conoce porque los ha visto con sus propios ojos y porque el creer que sus gatos son reales le ha posibilitado lidiar con ellos más exitosamente. Si es así, noten que este razonamiento produce, en un contexto científico, exactamente lo que un positivista diría de la ciencia profesional: ella se ha apoyado en observaciones empíricas y en el éxito instrumental para evaluar su correspondencia y establecer la *verdad* de su teoría de los gatos frente al mundo real. Para estar seguros, las cosas se complican más cuando transitamos hacia cosas de mayor interés para los estudiosos de las relaciones internacionales que, como en el caso de los Estados, no son directamente observables (frustrando el realismo del sentido común) ni completamente separables de los sujetos que

las observan (a diferencia de la de los gatos, la existencia de los Estados depende de las creencias de los actores). Habiendo admitido el realismo del sentido común, se vuelve más difícil negar el realismo científico. En realidad, se puede —es la versión empiricista del positivismo—, pero en el libro desarrollo un argumento extenso contra el empiricismo, que Doty no desafía. Ello deja a las características de los tipos sociales como la última línea de defensa para una negación radical del positivismo en el estudio de las relaciones internacionales. Probablemente el positivismo colapse finalmente en este punto, pero pienso lo contrario; además, Doty tampoco ha proveído argumento alguno en este sentido.

Traer a colación el tema de la *status* ontológico de los gatos es útil porque llama la atención sobre el hecho de que la epistemología postmoderna no es tan radical en la práctica como en la teoría. No quiero calificar o definir a los postmodernos con base en puntos de vista ridículos: quiero saber por qué defienden puntos de vista tan convencionales. Así, en su propio trabajo empírico sobre las representa-

¹¹ Sin embargo, ver Derek Edwards, Malcolm Ashmore y Jonathan Potter, "Death and Furniture: The Rhetoric, Politics, and Theology of Bottom Line Arguments Against Relativism", en *History of the Human Sciences*, 8 (1995), pp. 25-49.

¹² Ver *Social Theory*..., p. 52.

ciones de los pueblos subordinados a discursos imperialistas, Doty procede más o menos como cualquier positivista lo haría: acumulando datos y desarrollando la mejor narrativa que puede para darles sentido.¹³ Lo mismo puede decirse acerca del trabajo empírico de otros académicos de las relaciones internacionales que se identifican con el postmodernismo como David Campbell o Cynthia Weber. Sin embargo, si en la práctica los postmodernos no niegan la existencia, e inclusive la posibilidad de conocer un mundo por fuera del discurso, entonces, ¿qué es exactamente lo que están diciendo? ¿Que todas las observaciones tienen un componente teórico? ¿Que las teorías no pueden ser evaluadas directamente frente al mundo real sino sólo frente a otras teorías? ¿Que como resultado de lo anterior, el conocimiento no puede descansar en bases seguras? Todas éstas son posiciones que asumen hoy positivistas sofisticados. Aquí, el equívoco se relaciona con versiones ingenuas del positivismo que, si bien son todavía compartidas por algunos, son difícilmente un objetivo retador para la ira postpositivista. Sea como sea, Doty realiza un movimiento importante al ad-

herirse explícitamente a lo que previamente sólo era característico del realismo del sentido común; ahora, avanzando un paso en la explicación, ¿por qué ella y otros postmodernos comparten la idea con el resto de nosotros de que hay menos en riesgo en las guerras positivistas de lo que normalmente se piensa?

Problemas de la política internacional

Keohane sugiere que no hay propuestas acerca del comportamiento del Estado en *Social Theory of International Politics*, ni siquiera las "pocas y grandes" propuestas que Kenneth Waltz desarrolla en su *Theory of International Politics*. Esta afirmación está ampliamente respaldada en la reseña de Krasner, quien tiene muchos reparos con mi tratamiento de la política internacional. Entre otras cosas, *Social Theory* plantea que el sistema de Estados ha respondido por muchos años a una cultura lockeana, y que esta cultura genera tendencias particulares en el comportamiento de los mismos en el ámbito macro del sistema: balance, competencia por la seguridad

¹³ Rosanne Lynn Doty, *Imperial Encounters* (Minneapolis, MN: University of Minnesota Press, 1996).

y guerras limitadas —las mismas tendencias que predijo Waltz—. Plantea también que, al menos en su centro, este sistema vira en la actualidad hacia una cultura kantiana —con sus tendencias diferentes en términos de comportamiento a nivel macro, de seguridad colectiva y de solución pacífica de los conflictos— por el surgimiento de un creciente número de Estados que se encuentran predispuestos hacia una autolimitación externa y hacia la interdependencia. La diferencia con respecto a Waltz radica, no en la ausencia de propuestas acerca del comportamiento del Estado, sino en el hecho de que sus propuestas son *condicionales* más que universales. Si una masa crítica de Estados se posicionan como rivales, entonces el sistema adquirirá una estructura lockeana con ciertas dinámicas hipotéticas; si una masa crítica de Estados empiezan a tratarse como amigos entonces esta cultura se transformará en una cultura kantiana; y así sucesivamente. Para estar seguros, *Social Theory* no ofrece mucha evidencia empírica que apoye la propuesta de que estos “¿qué sucede si?”, sean de hecho el punto crucial (Krasner). Pero al ofrecer una teoría de estructura profunda que puede incorporar el panorama del sistema de Waltz y definir

los hechos que explican por qué este panorama puede estar cambiando hoy, la obra aspira al menos a decir algo acerca de la política internacional. Con este objetivo para una posible evaluación, déjenme referirme a cuatro temas sustantivos expuestos en las reseñas.

Reificación del Estado

Doty y Smith se preocupan porque reifico el Estado, tratándolo como dado, como un actor unitario y negando la existencia de la política doméstica. Al fallar el intento de problematizar la existencia del Estado hasta el final y sus últimas consecuencias, parece que hubiera hecho exactamente lo que critico a los neorrealistas y neoliberales, convirtiendo en un objeto aparentemente natural lo que en realidad es una construcción social en disputa (un mundo poblado por “agentes estatales”), participando entonces en su legitimación y reproducción.

Social Theory reifica el Estado, hasta cierto punto, y lo hace intencionalmente. Si esto en alguna forma ayuda a reproducir un mundo estado-céntrico, entonces desde mi punto de vista es positivo.¹⁴ A pesar de todas sus deficiencias, los Estados son las únicas instituciones democrá-

¹⁴ Ver Hedley Bull, ‘The State’s Positive Role in World Affairs’, en *Daedalus*, 106 (1979), pp. 111-123.

ticas y responsables que tenemos hoy en día para proveer seguridad y orden político. Quizás algún día puedan ser desarrolladas otras instituciones mejores, pero hasta que llegue, haremos bien en no descartar a los Estados tan rápidamente. Sin embargo, la razón inmediata para reificar el Estado es más prosaica: como asunto práctico, no hay otra forma de hacerlo en vista de la manera como se plantean las preguntas en el libro. Por lo tanto, la crítica está fuera de lugar en este espacio. El libro formula la pregunta "¿cómo debemos entender la construcción social del *sistema de Estados*?", y no, "¿cómo debemos entender la construcción social del *Estado*?". Otra pregunta plantea el interrogante: ¿cómo generan ciertas tendencias a nivel del todo las relaciones entre las partes del sistema? Y otra se interroga acerca de cómo las partes surgen o nacen en primer lugar. La queja de que *Social Theory* reifica el Estado implica que estas preguntas son iguales, que lo que caracteriza al sistema de Estados es la continua producción de Estados hasta el final y hasta sus últimas consecuencias, de tal forma que los Estados son endógenos al sistema. Esto es un error.

En el capítulo cinco argumento que los agentes estatales son en alguna medida, fenómenos que se organizan a sí mismos y que consecuentemente, en esa

misma medida, son constitucionalmente exógenos al sistema de Estados. El sistema se construye independientemente de sus partes preexistentes; las partes no son construcciones del sistema "hasta el final" y a lo largo de todo el camino. Ésta es la esencia de la verdad en las teorías individualistas como el neorrealismo. Para estar seguros, estas partes son en sí mismas *procesos*, de los que "la agencia estatal unitaria" es un efecto continuo. En las páginas 218-221) trato de indicar cuáles son los requerimientos para que dicho efecto se produzca, pero un estudio completo de este efecto no sería apropiado para el libro. Así como los procesos internos que constituyen el cuerpo en relación con la sociedad no dependen constitucionalmente de la sociedad para su existencia o poderes causales, del mismo modo los procesos internos que constituyen los agentes estatales son relativamente autónomos del sistema de Estados, y dan lugar a la creación de plataformas estables para procesos de construcción social en el ámbito internacional. Por supuesto, uno de los principales argumentos en el libro es que el carácter de los agentes estatales es mucho menos exógeno del sistema de lo que frecuentemente se piensa. Mi modelo de visibilización del "Estado esencial" se construye en este sentido, tratando muchas de las cualidades del Estado,

aparentemente naturales e inherentes, como construcciones sociales contingentes del sistema. Mi Estado es mucho menos "dado" que el de Waltz, lo que de alguna manera intenta dar respuesta a la preocupación de Doty y Smith. Pero mi falla en ir "hasta el final" proviene menos del temor de ser demasiado radical (Doty) y más de la realidad empírica de la autoorganización, lo que significa que los Estados no son, de hecho, completamente endógenos al sistema. Ni Doty ni Smith ofrecen una respuesta al argumento de la autoorganización que se plantea en el libro.

Lo anterior no quiere decir que los estudiosos de las relaciones internacionales no deban preguntarse acerca de los procesos internos que construyen el Estado, mucho más de lo que un análisis sociológico debe preguntarse por las distintas formas como las sociedades construyen el cuerpo social, lo que equivaldría a que los biólogos no pusieran de su parte para entender el cuerpo humano. La tesis de la autoorganización es un concepto necesario para mi teoría en el plano del sistema, no una limitación del estudio de los determinantes internos de la identidad estatal. De hecho, sugiero en el libro, y en otras partes, que la identidad estatal es un asunto muy importante para las relaciones internacio-

nales, y que una aproximación constructivista parece tan apropiada para abordarla como para analizar el sistema de Estados. Pero la formación de la identidad no es una pregunta contemplada en *Social Theory*. Dada la existencia de los intereses en el sistema de Estados, estamos obligados por la naturaleza del tema que nos ocupa a poner entre paréntesis los procesos internos que constituyen el Estado, para reificarlo temporalmente, y poder avanzar en el análisis sistémico. Por lo tanto, podemos ser constructivistas en un aspecto mientras reificamos otro (Smith): de hecho, considero que *tenemos* que serlo. Nadie, ni siquiera el postmoderno más infatigable y problematizador, puede problematizarlo todo al mismo tiempo. Todo depende de la pregunta que se formule. En consecuencia, el argumento en contra de un libro sobre el sistema de Estados que pida "¡detener la reificación del Estado!" debe ser visto como un llamado a "¡cambiar el objeto de estudio!". Estoy totalmente de acuerdo con dicha petición, pero este aspecto del problema, más que reemplazar el enfoque sistémico, lo complementa.

El tejido del sistema cultural es demasiado delgado

A pesar de que no se detiene mucho en él, Krasner se refiere al argumento según el cual las

normas en el sistema internacional son considerablemente más delgadas o débiles que las normas que rigen en el ámbito de las unidades, es decir, en los Estados. Esta predominancia del subsistema sugiere que la política exterior está guiada principalmente por factores exógenos domésticos dados más que todo por factores sistémicos, lo que parece dejar poco espacio para un análisis que enfatice la construcción social a nivel del sistema. Como lo anota Krasner, en la segunda página del libro estoy de acuerdo con que el sistema internacional es un caso muy difícil para el enfoque constructivista. La distribución de factores autoorganizativos, tanto exógenamente como en el nivel de las unidades, sean materiales o ideacionales, es crucial en la política internacional—tal como lo han enfatizado por largo tiempo los liberales—¹⁵ y esto debe fundamentar y apoyar las propuestas en torno a la construcción social de la identidad de los Estados por parte de la cultura del sistema. No obstante, al menos dos puntos sugieren que el problema puede no ser tan serio como lo piensa Krasner.

En primer lugar, es útil situar su argumento en una perspectiva

histórica. La política internacional no siempre ha sido el subsistema dominante. Mlada Bukovansky arguye poderosamente que en la cultura del *ancien régime* de la Europa dinástica, las normas inter y transnacionales eran de hecho determinantes de la política exterior, más poderosas que la política doméstica, porque los lazos de solidaridad eran más fuertes entre los Estados que en su interior, (a pesar de que esta circunstancia no impidió las guerras), y esto a pesar de la ausencia de una interdependencia económica fuerte defendida por los liberales en la actualidad que fortalezca las normas internacionales. Es más, en vista de los lazos matrimoniales establecidos entre las élites y la alienación común de sus propios súbditos, lo que entendemos hoy como "externo" o política "exterior" fue en ese entonces más política "doméstica" o "interna", y viceversa.¹⁶ En términos comparativos, el dominio del subsistema es entonces un fenómeno reciente, vinculado en gran parte a la creciente dependencia de la legitimidad del Estado ante su sociedad doméstica, resultado del surgimiento de la soberanía popular. Por supuesto, esta circunstancia todavía permite a los constructi-

¹⁵ En este sentido, mi teoría luce demasiado "realista".

¹⁶ Mlada Bukovansky, en "The Altered State and the State of Nature: The French Revolution and International Politics", en *Review of International Studies*, 25 (1998), pp. 197-216. e *Ideas and Power Politics: The American and French Revolutions in International Politics*, en proceso de publicación, especialmente ver el capítulo 3.

vistas que trabajen en el plano del sistema el problema del dominio del subsistema *hoy*, pero también plantea el interrogante de cuán sólido es realmente este subsistema. Después de todo, muchas normas de la cultura del *ancien régime* giraron alrededor del concepto de soberanía, que hoy en día es asumido como el principio constitutivo fundamental de la política internacional. La dispersión de la soberanía popular ha transformado el concepto absolutista tradicional otorgándole raíces domésticas mucho más profundas,¹⁷ pero esto también se ha convertido crecientemente en una norma sistémica. Y muy a pesar de las muchas desviaciones del ideal de soberanía que se dan en la práctica, ningún Estado en el sistema internacional llamaría hoy en día a buscar su abolición o trascendencia. En suma, la dominación del subsistema es un tema vital para el análisis constructivista del sistema internacional, cuya solución requiere una amplia discusión de los aspectos teóricos y empíricos con él relacionados.

En segundo lugar, desde otro ángulo, aun si podemos garantizar que el sistema internacional no es en la actualidad una cultura lockeana, no obtendremos respuesta a la pregunta de cuán gruesa o fuerte es la cultura internacional debido a que la misma puede ser simplemente "realista". Krasner parece asumir que las únicas normas que cuentan en términos de una cultura fuerte en el plano del sistema son las normas "buenas", las normas de soberanía reductoras del uso de la violencia; de allí la conclusión a la que llega según la cual si los Estados violan esas normas, no deben estar siguiendo ningún tipo de normas; en este caso, la aproximación constructivista no es muy útil. Pero esta aproximación niega una de las ideas centrales del capítulo seis, que afirma que un sistema internacional hobbesiano —"realismo" (o en términos estrictos, *realpolitik*) en su más pura forma— puede también tener una cultura, pero hecha de normas "malas" o proclives al uso de la violencia.¹⁸ La tendencia a ver la guerra y el conflicto como implicaciones nece-

¹⁷ Ver William Arthaus, "Liberal Democratic Theory and the Transformation of Sovereignty", disertación doctoral (1993), Yale University.

¹⁸ Éste es un punto que encontré después de leer a Richard Ashley, "The Geopolitics of Geopolitical Space: Toward a Critical Social Theory of International Politics", en *Alternatives*, 12 (1987), pp. 403-434, y se refiere al sentido en el que el realismo y la política de poder son una manifestación de un cierto tipo de "comunidad".

sarias de la ruptura de un orden cultural, y consecuentemente como susceptibles sólo de un análisis materialista, está fuertemente enraizada en las relaciones internacionales. Quiero enfatizar que el conflicto puede también ser una manifestación de un orden cultural, convirtiéndose en una "forma de vida". Como en la teoría de juegos, el constructivismo es relevante no solamente cuando la gente coopera sino igualmente cuando no lo hace; todo lo que se necesita es acción constituida por ideas socialmente compartidas. Puede darse el caso de que estas ideas sean altamente sensibles a los cambios a nivel de las unidades, pero de ello no puede inferirse forzosa-mente la ausencia de normas "buenas". El realismo también puede ser una cultura poderosa.

Las normas equivocadas

Krasner demuestra convincentemente aquí y en otro lugar que las normas de la soberanía que se basan fundamentalmente en la progresión hobbesiana/lockeana/kantiana, no son ni de cerca tan sacrosantas en la práctica moderna de los Estados como yo y muchos otros suponemos.

Las relaciones jerárquicas entre el dominador y el subordinado impregnan la política internacional, aun en la presencia de la igualdad jurídica. Los Estados pueden tener "vida", pero no "libertad". Krasner usa esta realidad empírica para sugerir en efecto que centrar nuestra atención en la soberanía, especialmente tan exclusivamente como yo lo he hecho, es centrarse en el grupo equivocado de normas. En respuesta, yo disiento y estoy de acuerdo.

Disentiría en el sentido de que a pesar de que existen muchas excepciones, sigo muy impresionado con el poder de la institución de la soberanía. El trabajo de David Strang sobre las diferentes tasas de sobrevivencia de los Estados que fueron reconocidos como soberanos por la sociedad internacional y aquellos que no lo fueron, y el trabajo de Robert Jackson y Carl Rosberg sobre el papel de la soberanía jurídica en el sostenimiento de los Estados modernos africanos, apuntan solamente a algunas de las formas mediante las cuales la soberanía desempeña un papel trascendental en la pacificación de la política internacional.¹⁹ Más aún, la soberanía está en el corazón del

¹⁹ David Strang, 'Anomaly and Commonplace in European Political Expansion: Realist and Institutional Accounts', en *International Organization*, 45 (1991), pp. 143-162; Robert Jackson y Carl Rosberg, 'Why Africa's Weak States Persist: The Empirical and the Juridical in Statehood', *World Politics*, 35 (1982), pp. 1-24.

derecho internacional y permanece como condición única para ser miembro de la Organización de las Naciones Unidas y, consecuentemente, para quien quiera hacer parte del juego de la política internacional, en primera instancia. Además, está la generalización de Kenkin frecuentemente citada y que se refiere al buen cumplimiento en términos generales del derecho internacional por parte de los Estados, tesis que me tomaría mucho trabajo desvirtuar, pero estoy a la espera del nuevo libro de Krasner, que se aproxima a este problema.²⁰ Quizás esta situación corresponda al típico caso del vaso medio vacío o medio lleno, dependiendo del punto de vista que se adopte, pero desde mi perspectiva, una aproximación más realista de la práctica actual de la soberanía no necesita debilitar sustancialmente la costumbre de poner este principio en primer lugar y en el centro de la teoría de la política internacional.

Habiendo hecho las salvedades ya expresadas, estoy de acuerdo con Krasner en que la so-

beranía no es el único principio constitutivo importante del sistema internacional, y en particular que sus normas "anárquicas" entran constantemente en conflicto y pierden ante varias clases de estructuras más jerárquicas como las hegemonías, las esferas de influencia, las relaciones patrón-cliente, los imperios informales y cosas por el estilo. He adelantado muy poco trabajo sobre este tipo de estructuras en el pasado,²¹ pero al comienzo del capítulo seis dejé expresamente de un lado el problema de teorizar estas estructuras para concentrarme en el problema de la soberanía. Tuve muy buenas razones pragmáticas e intelectuales para hacerlo, pero un libro sobre la política internacional que no aborde la jerarquía omite una dimensión crucial del análisis. Por lo tanto, si bien comparto el deseo de Keohane de que el libro tenga pocos imitadores, deseo fervientemente que alguien escriba su complemento sobre la teoría social de las relaciones de tipo dominante-subordinado que se dan entre

²⁰ Stephen Krasner, *Sovereignty: Organized Hypocrisy* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1995).

²¹ Michael Barnett y Alexander Wendt, "The Systemic Sources of Dependent Militarization", en Brian Job (ed.), *The Insecurity Dilemma: National Security of Third World States*, (Boulder, CO: Lynce Reinner, 1992), pp. 97-119; Alexander Wendt y Michael Barnett, "Dependent State Formation and Third World Militarization", en *Review of International Studies*, 19 (1993), pp. 321-347; Alexander Wendt and Daniel Friedheim, "Hierarchy under Anarchy: Informal Empire and the East German State", en *International Organization*, 49 (1995), pp. 689-722. Este trabajo se basó en parte de mi disertación; estoy menos satisfecho con esto hoy en día de lo que Krasner parece estar.

los Estados.²² Estas relaciones plantean grandes dificultades a los argumentos constructivistas sobre la soberanía porque parecen remitir al tema de las capacidades materiales (lo que podría ser relevante para la muy interesante pregunta de Alker acerca de lo bien que eventualmente el libro "viajará"); de allí la plausibilidad intuitiva del intento de Krasner para explicar las variaciones en el gobierno jerárquico en términos de costos y beneficios materiales. Otros autores han reflexionado más que yo sobre este asunto y han hecho sugerencias en el sentido contrario, enfatizando el papel de las ideas, las normas y la legitimidad.²³ Pero queda mucho trabajo pendiente que los constructivistas deben desarrollar en torno a los fundamentos sociales opuestos a los factores materiales, a la inequidad global, a la articulación de estas estructuras con la estructura de la soberanía jurídica.

El navío perdido

El último tema mencionado en las reseñas que puedo abordar en este espacio es el planteamiento de Krasner en el sentido de que he perdido el navío del cambio más importante en el sistema de Estados modernos, la revolución nuclear, ya que el libro dedica poco tiempo para su tratamiento, debido al énfasis que pone en lo ideacional. Estoy de acuerdo con Krasner y Waltz en que la revolución nuclear, y otros aspectos del increíblemente rápido desarrollo de la tecnología militar durante la pasada mitad de siglo, han sido *muy* importantes. Ello ayudó a mantener la Guerra Fría fría, y todavía puede ayudar a empezar una guerra caliente en el continente asiático. Desde el punto de vista del desarrollo teórico la cuestión del determinismo tecnológico —un asunto "materialista"— parece ser una línea de investigación muy fructífera que merece se le otorgue más atención de la que se le ha dado hasta ahora.²⁴

²² Un excelente lugar para empezar se la Nicolas Onal y Frank Klirk, "Anarchy, Authority, Rule", en *International Studies Quarterly*, 33 (1989), pp. 149-174.

²³ Ver, por ejemplo, Robert Jackson, "The Weight of Ideas in Decolonization: Normative Change in International Relations", en Judith Goldstein y Robert Keohane (eds.), *Ideas and Foreign Policy* (Ithaca, NY: Cornell University Press, 1993), pp. 111-138; y Arturo Escobar, *Encountering Development: The Making and Unmaking of the Third World* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1995).

²⁴ Un buen lugar de entrada a este debate es Bruce Bimber, "Three Faces of Technological Determinism", en Merril Roe Smith y Leo Marx (eds.), *Does Technology Drive History?* (Cambridge: MIT Press, 1994), pp. 79-100.

Sin embargo, lo que importa a fin de cuentas no es la tecnología sino un punto fundamentalmente *político*: si los Estados son amigos o son enemigos. Entre enemigos una revolución nuclear cobrará una gran importancia; entre amigos, sólo incidentalmente. Las capacidades materiales tienen algunas veces poderes causales maravillosos, pero éstos no pueden convertirse en acciones sino a través de las ideas que les dan significado social. El determinismo tecnológico puede llevar a desear que el empate nuclear obligue a la gente a aceptar ciertas ideas, como la amistad (o incluso la disuasión), pero el esfuerzo por prevenir este tipo de empate puede llevar a una guerra catastrófica. Dada esa posibilidad, depositar nuestra confianza en las capacidades materiales parece un mal consejo, debido a que estimula a los tomadores de decisiones a pensar que pueden encontrar soluciones tecnológicas a lo que son básicamente problemas políticos.

Considero que más que la revolución nuclear, el cambio fundamental en el sistema internacional en este siglo es el ahora casi completo triunfo global del modo de producción capitalista, con la considerablemente menos completa difusión de la democracia, en un distante segundo lugar. Ambas transformaciones son culturales en su base y están relacionadas con la difusión de nuevas y más profundas formas

de pensar acerca de nosotros mismos, acerca de los otros y acerca de nuestra relación con la naturaleza. Estas transformaciones socio-cognitivas son claves para la política internacional porque implican un resultado importante: una disposición hacia los otros Estados de autorestricción y compromiso que, tal como lo planteo en el capítulo siete, puede transformar las fronteras de la identidad colectiva en una cultura kantiana. Las armas nucleares pueden desempeñar algún papel en esta transformación, ayudando a crear percepciones acerca de un destino común, pero si esto sucede, paradójicamente el resultado será la marginalización de su importancia debido a que entre amigos las posibilidades de usar armas de destrucción masiva son muy reducidas.

Conclusión

Parece que, habiendo cubierto tanto y tan rápido, es relativamente fácil parar rápidamente también, mucho más que organizarlo todo. Al parecer, la discusión de los temas que se han tratado en este foro continuará por algún tiempo. Por lo tanto, déjenme reiterar mi llamado a un pluralismo metodológico y volver a la observación con la que concluye Smith en la que afirma que el mundo representado en *Social Theory* será un mundo "familiar" para los racio-

nalistas. Esta aseveración, para Smith, un lamento que encuentra eco en el deseo de Doty de que yo sea más radical; otros me han dicho también que ven una disminución del potencial transformador en el libro, el cual, comparado con mis artículos anteriores, realiza un movimiento regresivo hacia el clásico y tradicional racionalismo.

Me siento bien al saber que algunas personas perciban un cambio, debido a que yo mismo veo hoy menos oposición entre el racionalismo y el constructivismo de lo que percibía cuando empecé en 1987. Esto puede deberse, en parte, a que tengo una mejor apreciación de lo que Waltz y Keohane dicen, y en parte porque al leer los tratados racionalistas de la cultura como "conocimiento común", encuentro un gran parecido entre éstos y los "entendimientos intersubjetivos" de los constructivistas. Para estar seguros, tanto los racionalistas como los constructivistas tienden a aplicar en forma diferente este concepto, y en esa medida es posible que los racionalistas no se sientan *demandado* cómodos con el libro. Como lo sugerí en las tablas de 2X2 en el capítulo 4 (p. 144), la agenda racionalista clásica aborda sólo "un octavo" de la diferencia que

la cultura significa en el análisis; en efecto, los efectos causales en la identidad y el interés, los efectos constitutivos en la identidad, el interés y el comportamiento y los aspectos colectivos y a nivel macro de la cultura, son negados todos en su análisis. Aun dentro de los límites de una ontología individualista, considero que esta agenda puede extenderse a "la mitad" pero, dadas sus limitaciones, el racionalismo no está bien equipado para abordar muchos temas. No obstante, si es entendido no como una teoría completa de la sociedad sino en términos más limitados, como un método útil para contestar las preguntas para las cuales está concebido —y esas son preguntas importantes— el trabajo racionalista puede asimilarse perfectamente a la agenda constructivista. Después de todo, un octavo, y no hablemos de la mitad, es una proporción grande de cultura. En consecuencia, estoy menos convencido que algunos de que el racionalismo como enfoque opuesto al constructivismo debería protagonizar el siguiente Gran Debate;¹⁵ en un cierto sentido ello sería como debatir con uno mismo (el *realismo* o materialismo, versus el constructivismo es un asunto diferente).

¹⁵ Peter Katzenstein, Robert Keohane y Stephen Krasser, "International Organization and the Study of World Politics", en *International Organization*, 52(1998), pp. 645-686.

Independientemente de mi biografía intelectual o la corriente a la cual pertenezco, un asunto importante está en juego aquí. Me refiero al papel que nuestra disciplina y su giro hacia la teoría social debe jugar en el estudio de las relaciones internacionales. En general, este giro ha sido bastante productivo y ha facilitado a las relaciones internacionales el participar en la más amplia empresa social-científica. Sin embargo, algunas veces parece que en las relaciones internacionales la teoría social es usada en forma negativa, como un arma para *bloquear* la investigación en el campo de ciertas preguntas sustantivas juzgadas como políticamente ilegítimas, epistemológicamente inapropiadas o simple y llanamente como irrelevantes. Desde este punto de vista, la "familiaridad" entre el racionalismo y el constructivismo es un anatema. El trabajo racionalista (o constructivista) es el Otro, y así debe ser clasificado. Me parece que eso es exactamente en lo que no debería terminar la mayor conciencia de la teoría social en las relacio-

nes internacionales. El propósito de la teoría social debe ser el de situar las teorías existentes y de primer orden de las relaciones internacionales en un contexto más amplio, llamando la atención quizás sobre los presupuestos tácitos que puedan crear problemas e identificando preguntas que no han sido formuladas. La meta debe ser la de facilitar investigaciones sustantivas más que desestimularlas, debe ser unificar nuestro conocimiento más que balcanizarlo. En razón a que parece claro que tanto los análisis racionalistas como los constructivistas de las relaciones internacionales han producido fragmentos de conocimiento importantes, su familiaridad es algo muy positivo. Las aproximaciones a la teoría social que no pueden acomodarse a las propuestas de ambos, o al menos estimular una conversación fructífera, parecen ser contra-productivas. Para los estudios de la política internacional, la filosofía debe ser un servidor, no el maestro.